



Pedro Emmanuel Peraza Ucán
CEMUADY

emmanuelxc0202@gmail.com



Isaías Mercado Herrada
CEMUADY

mercadoherradaisaías@gmail.com

¿Dónde y cuándo empieza la vida? Desde una perspectiva biológica, el inicio lo situamos en la propia unidad celular. Sin embargo, este hito no se celebra ni se piensa fuera de un laboratorio. En cambio, sí se tiene presente el momento en que una madre se sabe embarazada, o cuando comparte la noticia, concibiendo igualmente esperanza.

No obstante, es el nacimiento el instante que queda grabado en la historia. Y no solo en la historia de quien nace, sino también en la de todas las personas a quienes les importa y les interesa su llegada. Y surge otro personaje, desempeñando un papel más o menos relevante según a quién se le pregunte: el médico. Aquel que lo recibe, evalúa, vigila, y también quien, en muchos casos, ya lo había acompañado meses antes de este momento. Cuando aún nadie lo conocía, él procuraba su vida. Difícilmente puede negarse que el primer rostro que una persona encuentra al llegar a este mundo es esta figura médica.

Recibir una vida representa, al mismo tiempo, el nacimiento de una nueva relación entre el médico y quien deposita su confianza en él. Conforme el tiempo transcurre, el paciente crece; cambian sus necesidades, sus dudas y sus inquietudes. Los primeros años, ese vínculo se construye a través de terceras personas, pues son los padres quienes acercan a sus hijos al consultorio.

Posteriormente, la relación evolucionará paralelamente para convertirse poco a poco en una interacción y encuentro entre dos personas. Ahora es la propia persona quien, junto al médico, resuelve sus inquietudes, toma decisiones y participa en el cuidado de su salud. Y así, aquel que recibió su vida un día, es ahora quien lo acompaña en su crecimiento y desarrollo.

Con el paso del tiempo, quien dependía por completo de otros comienza a asumir nuevos roles, que no solo transforman su vida, sino que influyen directamente en quienes lo rodean. De esta manera, la relación vuelve a cambiar; y aunque la dinámica sea diferente, esta permanece. Ahora el médico escucha y orienta. Su papel no consiste únicamente en prescribir una receta, sino en ayudar a que cada persona tome decisiones sobre sí misma y continúe construyendo su propia historia.

Porque la medicina no puede limitarse a la salud y a la enfermedad. El propósito del médico va mucho más allá, hasta donde el significado mismo de acompañar lo permite. Consiste en procurar que una persona conserve las capacidades necesarias para desarrollarse plenamente, que cuerpo y mente confluyan para lograr construir una vida con sentido.

El objetivo no es solamente tratar y prevenir enfermedades, sino que el paciente continúe su camino, que fortalezca sus relaciones y crezca en todos los ámbitos de su vida, porque este no es únicamente un diagnóstico o un resultado de laboratorio, sino un devenir de experiencias, proyectos, responsabilidades y personas.

Entonces, aquella alma que un día fue recibida al llegar a este mundo regresa años después para revivir la llegada de una nueva vida; esta vez no la suya. Nuevamente, la persona deposita su confianza en el médico, que no recibe únicamente un recién nacido, sino sueños, alegrías y un futuro con grandes expectativas. Son pocas las personas y profesiones que tienen el privilegio de contemplar y participar en la continuidad de este ciclo llamado vida.

Sin embargo, navegar por la existencia trae consigo momentos de tormenta; la enfermedad, incertidumbre y vulnerabilidad son inevitables. Y aquí, nuevamente ya no basta con vigilar el crecimiento, ahora el médico debe interpretar síntomas, establecer un diagnóstico y proponer tratamientos. También está en su humanidad acompañar decisiones que generan temor y angustia. Sobre sus hombros recae la responsabilidad de comunicar y explicar con empatía, de guiar al paciente y a su familia sobre los caminos a recorrer y los posibles desenlaces a afrontar.

En esos momentos, vemos con mayor claridad lo humano de la medicina. Detrás de cada paciente no existe solo un padecimiento, sino una persona que deposita en manos de otro su salud,

y muchas veces su mayor esperanza. Se requiere una admirable labor que no se limita a ofrecer soluciones, sino que también brinda serenidad ante la incertidumbre, honestidad ante la realidad y esperanza, aunque esto no siempre signifique curar.

Por lo que, a medida que la vida avanza, el galeno continúa encontrándose con el paciente bajo escenarios distintos, y es precisamente esa diferencia de situaciones la que revela la singularidad de esta profesión, que tiene el privilegio de acompañar una misma vida en muchas de sus etapas más significativas. La presencia del médico se encuentra estrechamente ligada tanto a los momentos de alegría como a aquellos que se ven marcados por la adversidad. Es precisamente esa capacidad de permanecer junto al ser humano, cualquiera que sea la circunstancia, donde radica la verdadera esencia de esta bella ciencia.

¿Y dónde y cuándo termina la vida? Así como su comienzo no puede entenderse únicamente desde lo biológico, tampoco su final puede reducirse al último latido. Son quienes permanecen junto a la persona los que otorgan el verdadero significado a ese último tramo del camino. Así como el médico estuvo presente en el momento en que una nueva vida abrió los ojos por primera vez, muchas veces también lo está cuando esos mismos ojos se disponen a cerrarse definitivamente. La muerte es el desenlace de toda existencia sobre este plano; sin embargo, incluso ahí, cuando la curación es imposible, permanece la posibilidad de aliviar el sufrimiento, preservar la dignidad y ser compañía del paciente y su familia.

Resulta inevitable, en estos momentos finales, volver al principio. Así como aquel primer rostro que una persona vio al llegar al mundo quedó fuera de su memoria, este último quizá también permanezca en el olvido. Sin embargo, entre ambos transcurrió toda una vida, en la que el médico apareció una y otra vez, y aunque este no es el protagonista, es una presencia constante en algunos de los capítulos más trascendentes de las personas. Y podemos hallar la verdadera grandeza de la medicina: el privilegio de recibir una vida cuando apenas comienza, acompañarla mientras crece y permanecer a su lado hasta su final. Y así, el médico que ya cuidaba de una vida incluso antes de que pudiera abrir los ojos, permanece junto a ella por breves momentos, hasta que finalmente llega el momento de cerrarlos.

